



POESÍA Y BELLEZA

Gilda Pandolfi Setti¹

RESUMEN:

No es el artificio de la palabra en sí lo que instala la naturaleza poética en la creatura estética, sino, se realiza sólo cuando el ser esencial buscado se haya instalado ontológicamente en la forma sensible que igualándose a su naturaleza ontológica, sea capaz de contenerlo plenamente y revelarlo. Revelación de un contenido inteligible a través de un ser sensible, que hace esplender la Belleza como idea contemplada.

Palabras claves: poesía, belleza, forma, palabra, revelación.

ABSTRACT:

BEAUTY AND POETRY

It is not the artifice in the word that installs the poetic nature in the aesthetic creature, but becomes one when the essential being has installed itself ontologically in the sensible form, that imitating its ontological nature is able to contain it and reveal it completely. Revelation of an unintelligible content through a sensible being, that makes beauty glow as contemplated idea.

Key words: poetry, beauty, form, word, revelation..

Las formas no son sólo algo, sino que dicen algo. La enhiesta línea vertical del ciprés que corta el aire; la ondulante línea de las colinas bordadas en distintos sentidos por el arado y los sembradíos; los recién nacidos rosas y dorados del amanecer, ¿son vacíos de sentido? ¿No hay una sugerencia ascensional en el ciprés; una expresión suprema de armonía que llama a la contemplación en la composición del paisaje; un llamado a asumir el inicio siempre renovado de la vida, en el amanecer?

Si en la creatura la expresión de la forma puede ser indeterminada, imperfecta, indecisa, el poeta quiere perfeccionarla. Ve emerger de las *formas* la *esencia* y se pone a disposición de ésta para patentizarla más plenamente; no con conceptos y teorías, sino sensorialmente, en contacto con lo que ve, oye y palpa. Hecha mano de lo que está ahí afuera para producirlo de nuevos siguiendo su forma, ahora transfigurada, por el triunfo del artista sobre la naturaleza al hacerse creador. Llevado por las formas, y a la vez deminándolas, las simplifica, ordena, condensa, intensifica, hace cuanto es necesario para elevar su potencia expresiva haciendo evidente su esencia.

El poeta va al encuentro de las cosas, percibe su modo peculiar de ser, su grandeza y hermosura, su menesterosidad y como una réplica viva, algo responde a ello en su alma, algo se yergue, se alerta, se aviva, se despliega, y en esta acción se realiza el ser que es capaz de responder con su ser interior a las cosas del mundo, realizándose a sí mismo precisamente en

¹ Pandolfi Setti, Gilda, Departamento de Castellano, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, Santiago, Chile.

ello, instando a su propia grandeza de hacer más fuerte y rica y sutil, su capacidad de encuentro.

El encuentro, como proceso de respuesta, tiene una fuerza especial: no capta la cosa como simplemente está delante, sino contemplando su esencia desde su presencia. Se revela el prodigio del ser ontológico del hecho estético, la expresión de lo esencial en lo sensible: la idea contemplada.

En este hecho se produce, a la vez, un despertar esencial de sí mismo. Tanto la esencia de la cosa como la del poeta mismo se identifican abriéndose paso hacia la expresión de la *forma*. La sensación de sí mismo, confluyen con su modo de ver la cosa; la estructura de sentido de la cosa se percibe desde la emoción de la percepción de sí mismo, y ambas cosas ocurren de tal modo que devienen en *forma*.

El poeta vibra tensionado por dos fuerzas: el *ser* y la *forma*.

Su espíritu se tensa hacia un estado de percepción superior y metafísico, en anhelo de posesión del *ser*, siempre angustioso.

Cómo he de conocerte
¡Incognoscible!

Gime Unamuno en su angustioso tránsito hacia el Ser.

Se tensa la viva naturaleza configuradora del poeta en busca de la *forma*, la huyente *forma* que materialice la invisible *esencia*.

Mientras te quede a ti esta sola hoja
aún eres flor
corazón mío.

Escribe Juan Ramón Jiménez en la ansiedad de la *forma* y la *belleza*, siempre azarosa e insegura.

Así, la poesía, impulsada por esta doble tensión, el *ser* y la *forma*, se constituye en vía hacia el *ser* y en búsqueda de la *forma* que contenga al *ser*.

La *forma* se constituye desde la palabra, pero ¿qué palabra? No el lenguaje racional, dialéctico, que actúa como demostrativo y demuestra, sino el lenguaje semántico, inmediato, demostrativo, clarificador, puramente indicativo.

El lenguaje racional constriñe la intensidad expresiva en su precisión; debilita la capacidad transfiguradora de la palabra, en su rigurosidad; se hace pobre, sostenido en la sola significación de su sentido inmediato. El lenguaje semántico es abierto, simbólico, indicativo; se dirige al estrato más profundo de la significación de las palabras, al “mundo” que contienen.

La palabra semántica, originaria, inmediata, ahistórica, es la palabra del *mytho* a que pertenece el mundo sagrado, religioso, que son inmediatamente dadas y reveladas. La palabra que medita, que sigue un procedimiento que demuestra y funda, es la palabra del *logos*.

Heráclito precisa: “*El señor, cuyo Oráculo está en Delfos, no dice, ni esconde, pero, indica*”. Así, todo lenguaje que tiene sus raíces en el origen, es puramente semántico, no demuestra, pero indica. Es el lenguaje del mito, de la religión, de los Evangelios, de la Sibila, de los profetas, de los poetas.

El poeta, juega en la libertad de la palabra; rimas, versos, estrofas, imágenes, retórica. Busca la palabra dócil, maleable, plástica, que sea reveladora del ser en la forma. Pero, no es el artilugio de la palabra en sí, lo que instala la naturaleza poética en la creatura estética.

La poesía, ontológicamente hablando, no se realiza como tal, sino hasta que la naturaleza del *ser* esencial buscado, se haya instalado en la naturaleza de la *forma* sensible creada y lo haya revelado. La poesía no se realiza como tal, sino hasta que la *forma* estética creada se haya convertido en el Ser esencial mismo; hasta que la *forma* sea el *ser*, lo contenga en su substancia y lo revele plenamente.

La poesía opera el prodigio divino de la transubstanciación, la naturaleza absoluta, invisible, abstracta de la *esencia* del *ser*, deviene en ser encarnado y visible, en la Forma poética creada, desde la cual se manifiesta y revela, y se ofrece a la contemplación.

Pero, ¿cómo llega a hacerse belleza la poesía? En la poesía, el ser ha sido capturado en su *esencia* y convertido en *forma*; pero la forma no solamente es la *esencia* del *ser*, sino que además, la materializa. La *esencia*, ahora, se ve, se oye, se palpa; la *forma* le da cuerpo, la encarna, le da vida, y recupera en las imágenes poéticas, todos los matices y modulaciones del ser real, concreto, existente, que tenía antes de hacerse idea.

En la poesía, la idea deja de ser una abstracción, creatura mental, invisible, para hacerse visible y manifiesta desde la *forma*. La *forma* se abre y surge de ella la *esencia*, ahora viva, existente, otra vez creatura real, que vemos, oímos, sentimos, tal vez, como rosa, ala o pájaro. En la *forma* poética creada, la *esencia* se desprende de su oruga conceptual y se hace mariposa viva, vuela, y se muestra en el esplendor de su belleza a la contemplación, en una verdadera *epifanía del ser*, que lo anuncia, lo revela y lo muestra. Ocurre entonces, el prodigio del hecho estético, el invisible ser, se hace visible, se manifiesta, aparece; el incognoscible se hace conocido.

El prodigio estético ha permitido que el *ser*, sin dejar de ser *esencia*, sea también, creatura sensible y real. Con el rostro que la forma poética le ha dado, ha devenido en idea contemplada, y en su revelación, esplende la belleza.

Dice el poeta.

A veces siento
como la rosa
que seré un día; como el ala
que seré un día.

Y un perfume de envuelve, ajeno y mío,
mío y de rosa.

Y una erracia me coje, ajena y mía
mía y de pájaro.

En la poesía, la sequedad de la abstracción que el sentido del poema contiene –aspiración a penetrar el misterio de la belleza sin lograr poseerla plenamente en la forma– se hace rosa, ala, pájaro, que el poeta a veces siente ser y anhela serlo algún día.

La forma estética del poema, concebida como vuelo ascensional hacia la rosa y el pájaro, permite al poeta capturar sólo el perfume de la rosa, su halo, pero no alcanza a la rosa misma, su esencia, que permanece, en parte, ajena al poeta, por eso la acendrada imagen, “ajeno y mío, /mío y de rosa”.

Igualmente, el vuelo permite al poeta capturar sólo la errancia del pájaro, su revoloteo en torno a la *forma* buscada, pero no alcanza al vuelo mismo, la *forma* que contenga plenamente la *belleza*, la que permanece en parte “ajena”, y por eso, “ajeno y mío,/mío y de pájaro, que reitera en magnífico cierre, el poema.

El poeta queda detenido en el límite del misterio de la belleza; sólo se le ha dado el perfume de la belleza, y la errancia de la *forma*, sin lograr la rosa y el vuelo aspirados.

La belleza guarda su misterio y el poeta queda al borde del prodigio.